Entrevista con Ivan Obolensky

IvanObolensky.com/es

Iván comenzó en el campo de la no ficción, escribiendo artículos para Dynamic Doingness, Inc. en abril de 2011. Desde ese entonces, lleva escritos 89 artículos sobre temas que van desde las matemáticas, la ciencia y la economía hasta la cultura y la historia del mundo. En 2014, comenzó a escribir su primera novela, *El ojo de la luna*, un capítulo a la vez durante el transcurso de tres años.

P: ¿Cuáles son algunos de tus autores favoritos? ¿De qué manera influyeron en tu trabajo?

R: Tengo muchos porque leo todo el tiempo. Entre los autores modernos que me gustan están Len Deighton, Raymond Chandler, Michael Crichton, John Grisham, Wodehouse, J. K. Rowling, Proust, Erik Larson, Bill Bryson y Stieg Larsson, entre otros. En lo que refiere a mi estilo, creo que los que realmente influyeron en mí fueron Len Deighton, Raymond Chandler, Edith Wharton, Booth Tarkington, O. Henry y Jane Austen. Probablemente haya otros, pero a estos seis los releo y releo. Son viejos amigos míos.

También tendría que nombrar a Stephen King. Tengo una relación difícil con él porque no siempre me gusta lo que escribe, pero siempre presto atención a cómo dice las cosas y a las tramas que usa. Su libro *On Writing* es invaluable. El concepto de "querido lector" fue central para mí. Mi esposa es mi "querido lector", y no hay nada que disfrute más que verla leer lo que escribo.

Para mí, lo que prima por encima de las influencias literarias es el proceso de edición. Siempre hago hincapié en la importancia que tiene una buena edición para el aprendizaje del autor.

Siempre soñé con encantar al lector. A veces eso no es posible. ¿Cómo podemos encantar a un lector con ciencia o matemáticas? Puedo intentarlo con mis artículos de no ficción, pero siento que no siempre lo logro.

Cuando menos, creo que uno debería escribir con claridad. A eso apunto en mi rol de artífice. Claro está que al escribir uno puede ver con claridad si lo que escribió es totalmente insustancial y, aunque suene raro, esto es algo provechoso. Allí es cuando uno debe repensar.

Mi profesor de guitarra me contó la historia de un guitarrista que una noche se encontraba trabajando con el líder de una famosa banda de jazz. El líder hizo señas al guitarrista para que hiciera un solo de guitarra y el hombre explotó en una secuencia de corridos, legatos y ligados descendentes tocados a la velocidad de la luz. Era la actuación de un virtuoso. Pasados 20 segundos, el maestro le quitó el solo y se lo dio a otra persona. El guitarrista estaba molesto. Casi que no había tocado solo, mientras que el otro músico que no era tan talentoso como él tuvo su solo por al menos unos minutos, o incluso por más tiempo.

Le preguntó al líder qué problema había con cómo tocaba. Este le respondió: "No dijiste nada. Si te doy voz, más te vale que la uses para decir algo".

Sin importar el instrumento que uno use en la historia, es claro que está colmada de sabiduría. Ya sea a través de la voz, de palabras, pinturas o de sushi, uno tiene que decir algo usando el medio que usa.

Como escritor, hay algo que siempre llevo conmigo: sin importar que tan claro seas, si lo que escribes no dice nada, no tienes *swing*.

El trabajo del escritor es hacer las dos cosas: tener algo para decir y decirlo con claridad.

P: ¿Qué nos puedes contar acerca de tu proceso de escritura?

R: Es desconcertante. Cada mañana cuando me levanto pido dos cosas: inspiración y flexibilidad.

La inspiración me llega de maneras que casi no puedo comprender. Creo que los griegos de antaño sabían de lo que hablaban cuando hablaban de la musa. No me es posible explicar cómo cada pieza de la novela logró encajar con las otras. Lo comparo con que alguien te dé un puzle de mil piezas pero sin la imagen que replica, y que luego tú lo armes con los ojos cerrados pero obteniendo una imagen que tiene sentido. Cuando empiezo, no tengo idea de hacia dónde voy. Agradezco la inspiración cuando llega, que felizmente es bastante seguido.

De todos modos, es difícil. A veces cuesta creer en el proceso cuando no hay un resultado claro a la vista. Toma coraje, lo que podría parecer raro. Tengo un mantra que me ayuda: "sé valiente y confía en tu musa".

Además de pedir inspiración, pido por flexibilidad porque siempre me veo interrumpido por mi trabajo fijo y otras obligaciones. Para algunos, esto podría ser una maldición; para mí, es una bendición. Por esto puedo ver lo que escribí desde otro lugar, o se me añaden ideas. Cuando todo lo demás falla, salgo a correr. Huyo hacia las colinas (literalmente, porque nuestra casa se ubica frente a unas colinas onduladas). Las ideas vienen a mí.

A medida que escribía *El ojo de la luna*, me puse cada vez más nervioso y aprensivo. Me estaba metiendo en la peor camisa de once varas, y llevaba más de dos años colocándome en esa situación. No sabía qué hacer. Estaba ya desesperado. Salí a correr; cuando ya llevaba un tiempo corriendo, vi una pluma de color negro azabache tirada sobre el camino. En el estado en el que estaba, asumí que era un augurio o bien muy bueno o muy malo. Diez minutos después, mi cerebro estalló, colmado de la idea más extraordinaria. Cuanto más pensaba en la idea, más me gustaba y más me daba cuenta de que sabía como iba a terminar la novela. Volví a buscar la pluma. Todavía la tengo.

P: ¿En qué se diferencia el proceso de escritura de textos de no ficción del proceso para desarrollar una novela?

R: Se asemejan y son distintos.

Se asemejan en tanto que cuando escribo un artículo, generalmente comienzo yendo en una dirección y termino tomando otra completamente distinta. No es que mis pensamientos estén fuera de tema (aunque eso me ha pasado), sino que mis pensamientos transitan caminos impredecibles y termino haciendo conexiones con otros temas y eventos que a menudo me sorprenden. El momento en que eso pasa es especial.

La novela siguió una trayectoria similar. Nunca busqué resolver la trama más allá del próximo capítulo y con frecuencia me vi sorprendido por los giros que dio la historia. Piezas previas encajaron unas con otras y las partes que había mencionado al comienzo y que había considerado poco relevantes se volvieron vitales mucho más adelante. Me sorprendió mucho, y muchas personas que ya leyeron la novela no pueden creer que la escribí de manera espontánea desde el principio, sin trama ni dirección en mente salvo porque la novela transcurriría en Rhinebeck y porque la acción de la historia ocurre en un período de cinco días. Esas eran las únicas limitaciones. Yo casi que no lo puedo creer tampoco, así que los lectores no están solos en su sorpresa.

La principal diferencia entre escribir un artículo y una novela es que la novela tiene un largo ilimitado. Aunque se supone que la primera novela de un autor debería ser más corta que la mía, estimé que tenía que ser tan larga como fuera necesario para contar la historia. Eso también significó que podía comenzar con un ritmo más lento y crear tensión al igual que complejidad. Los artículos generalmente tienen 2 000 palabras; la novela tiene aproximadamente 160 000. En los

artículos, es preciso condensar una gran cantidad de información en unas pocas palabras. Escribí la novela de la misma forma, pues muchas cosas pasan en muy poco tiempo. Eso permite que la historia sea maravillosamente compleja y, al menos para mí, muy interesante a nivel intelectual. Como sucede con la mayoría de los libros, quiero que sea más largo si es bueno, y que sea mucho más corto si no lo es.

P: En muchos casos, la ficción se basa en elementos de la vida real o, como dijo Neil Gaiman, en preguntar: "¿Qué pasaría si…?" ¿En qué cosas dirías que se basa *El ojo de la luna*?

R: Todas las historias se basan, de algún modo, en la realidad. Mi crianza es uno de los elementos que más sentó las bases para la novela.

Visité Rhinebeck de pequeño, pero solo en algunas pocas vacaciones. Era un lugar misterioso y definitivamente mis hermanos y yo pasamos por momentos espeluznantes allí mientras jugábamos a las escondidas. No recuerdo haber visto fantasmas o haberme topado con un espíritu de niño. La experiencia de los adultos no siempre fue esa, pero ellos vivían en un mundo distinto al nuestro. Durante mi niñez, en la casa de mi madre, de mi padrastro y de mi padre, se practicaba de forma constante el mantra de que a los niños había que verlos pero no escucharlos, y de que su presencia debía notarse solo brevemente.

Esta segregación se mantuvo hasta el momento en que yo y mis hermanos fuimos suficientemente grandes como para sentarnos a la mesa grande durante cenas formales. Salvo excepciones, el desayuno y los almuerzos los recibimos lejos de la mirada adulta hasta que fuimos mucho más grandes. Cuando niño, cenar con los adultos en la mesa grande era algo emocionante, pero requería de una gran disciplina, tanto autoimpuesta como impuesta por otros. Si atentábamos contra el decoro, perdíamos nuestro lugar. Aunque no sucedía muy a menudo, recuerdo hablar pero solo en respuesta a otros. También recuerdo que con frecuencia me movía inquieto y avergonzado en mi asiento. Lo bueno de esto es que aprendimos a escuchar. De vez en cuando nuestra presencia no se hacía notar y algún invitado, o bien mi padre cuando estábamos en Rhinebeck, decía algo que no tendría que haber dicho. Nosotros levantábamos las antenas y escuchábamos con atención, pero al darse cuenta de que su interlocutor comenzaba a ahondarse en aguas peligrosas, los adultos compartían una señal silenciosa y cambiaban el rumbo de la conversación hacia otros temas. Ya que no teníamos más que hacer que comer y escucharlos, tomábamos nota del cambio y archivábamos lo dicho momentos antes para discutirlo después. Los temas que rápidamente ameritaban un cambio en el rumbo de la conversación generalmente pertenecían a una de tres categorías: fantasmas, escándalos y mi abuela Alice. Con el tiempo, nuestras notas mentales se hicieron cada vez más largas.

La verdad es que ansiaba ver un fantasma, pero nunca me pasó. Concluí que el avistamiento de fantasmas y espíritus era un fenómeno propio del mundo adulto y esperaba poder encontrarme con uno más adelante. A pesar de esto, el mundano mundo que habitaba también estaba plagado de sus propios miedos. Los truenos me asustaban y en algún punto me las ingenié para pisar un avispero, pero por fuera del trauma físico ocasional inevitable en esa edad en la que uno es libre de explorar y hacer casi cualquier cosa (siempre que sea fuera de casa y no dentro), no tuve encuentros místicos de ninguna clase en Rhinebeck.

El contingente adulto nos tenía bien resguardados. Solo cuando ya estábamos más entrados en edad, en nuestra adolescencia, fue que nos enteramos de todo tipo de tejemanejes extraños. Recuerdo indignarme bastante por haberme perdido una cantidad considerable de actividad sobrenatural que había conmocionado a más de un adulto.

La razón detrás de este peculiar déficit de información interesante era que los adultos solo compartían información imprescindible. En un nuestra familia, compartir solo lo imprescindible era una máxima sostenida con un recelo digno de un servicio de inteligencia. Nuestros padres podían llevar un sorprendente hermetismo. Sin embargo, mi hermana era muy buena para obtener información sobre eventos sobrenaturales y un día se enteró de que la casa adosada de Nueva York (o casa tipo *brownstone*) había sido exorcizada. Para nosotros, eso fue una sorpresa, y el solo saber que el exorcismo había ocurrido antes de 1960 fue suficiente para que nos preguntáramos qué podría haber pasado. Entonces, pusimos manos a la obra para averiguar tanto como fuera posible.

En *El ojo de la luna*, creo una historia verosímil que podría subyacer a los diversos fragmentos de información que aparecían de tanto en tanto. El relato es totalmente ficticio, pero condimenté la novela con pizcas de mis descubrimientos. De todos modos, hay una parte considerable de información que no se incluye en la novela.

P: ¿Puedo preguntar qué tipos de cosas no incluiste o si esos fragmentos van a aparecer en nuevas historias?

R: Puedes preguntar, pero la respuesta no va a ser directa. Los voy a usar en subsiguientes obras, pero con prudencia porque es difícil creer que sean verdad. Y eso pasa a menudo en la vida real; a veces experimentamos cosas desconcertantes u otros nos cuentan cosas así. La realidad es que la vida misma puede ser mucho más extraña de lo que nos gustaría admitir. Puede ser difícil hablar sobre eventos extraños porque con frecuencia los otros no aceptan nuestras experiencias sin chistar, y a todos nos gusta sentirnos aceptados. Pero esto no significa que de tanto en tanto no ocurran eventos e incidentes extraños. Es posible mantener rutinas por años hasta que un día todo

cambia, y la vida empieza a mostrarse de verdad. Uno puede sorprenderse de verdad. Las buenas historias se centran en esos momentos y en esas consecuencias.

P: Como el adulto artífice de este relato, ¿investigaste el tema del ocultismo?

R: Investigué bastante el ocultismo. La mayoría de las personas asocian al ocultismo con cosas negativas, ya que o bien piensan que es algo ajeno a la realidad o bien que es algo oscuro y posiblemente maligno. Supongo que hay algo de cierto en esto. De todos modos, el ocultismo tiene que ver con el misterio, y hay cosas en el mundo que son misteriosas. A menudo el ocultismo y la parasicología se terminan agrupando en la misma bolsa que los gorritos de papel aluminio y los cristales. No es muy difícil desestimar el asunto.

En el libro *Travels* , el mismísimo Michael Crichton escribió uno de los recuentos de parapsicología más extraordinarios que leí en mi vida. El relato es autobiográfico y, en esencia, no trata sobre parapsicología. El tema se discute solo en unos pocos capítulos, pero vale la pena leerlos. Siempre sentí que este autor y yo coincidíamos plenamente, porque él siempre investigaba aquello sobre los que escribía. Su postura era de corte científico y era un excelente observador, incluso aunque llevaba a los principios de la ciencia al límite en su ficción. Además era médico. Comenzó a escribir cuando estaba estudiando medicina y sus primeras obras son un reflejo de ese proceso; nunca perdió esa sólida base científica.

Lo oculto está presente en *El ojo de la luna.* Representa lo desconocido y algo más. En él hay algo de verdad pero también hay locura. En la novela, el ocultismo engloba a los eufóricos misterios primigenios de nuestros ancestros. ¿Quiénes somos y a dónde pertenecemos? ¿Quién puede guiarnos? ¿Qué son el conocimiento real y la sabiduría? ¿Dónde yace su significado? ¿Quién puede dar respuesta a nuestras preguntas y cómo podemos protegernos? Podemos desestimar a nuestros instintos primitivos para dar sentido a nuestras vidas sin caer en la dependencia de sistemas axiomáticos, la lógica y el desinterés científico, pero el anhelo de obtener respuestas profundas a las preguntas que nos surgen por el mero acto de estar vivos se niega a desaparecer. ¿Dónde podemos encontrar esas respuestas? En la actualidad, generalmente metemos a todas las preguntas bajo la categoría de ocultismo, parapsicología, percepción extrasensorial, abducciones alienígenas, brujas y hechizos, y luego bajo el paraguas más amplio conocido como pseudo-ciencia. ¿Quién no miró hacia atrás furtivamente para asegurarse de que nadie lo estuviera viendo al pasar por esas secciones de la librería como si el acto de estar allí fuera herejía? La verdad es que en todo eso hay elementos engañosos, pero también hay elementos que no lo son. No estoy seguro de qué es más perturbador: el rechazo moderno por el asunto o el fuerte fervor con el que nos inclinamos en esa dirección.

¿Quién no miró el cielo nocturno y se preguntó qué hay allá afuera? ¿Existe Dios? ¿Existen las criaturas que habitan nuestras pesadillas y prosperan en otra parte de la galaxia, o viven acaso solo en nuestras mentes? ¿Cómo llegaron allí? ¿Qué tan poco sabemos de la vida hoy en comparación a las vastas posibilidades y al conocimiento potencial que yace más allá de lo que sabemos? ¿La vida es simplemente el acto de levantarse, ir a trabajar, volver a casa y pagar la deuda hasta que uno ya no pueda trabajar más? Creo que la vida es más que eso. Hay magia a nuestro alrededor. Hay quienes la llaman ocultismo. Yo no. Para mí, es magia y me maravilla.

No es necesario que uno crea en la magia, pero en mi experiencia, si aceptamos la posibilidad de que existe, la magia nos encuentra.

A medida que crecemos y, quizá, nos volvemos más sabios, descubrimos que la pregunta más importante no era "¿qué nos debe la vida?" sino "¿qué nos pide que hagamos la vida?, ¿en qué debemos convertirnos?". Si nos atrevemos a preguntar esas cosas, la vida nos responde. Quizá lo haga de formas sorprendentes e inesperadas, pero lo hace. Cuando eso sucede, nosotros, miembros del mundo "moderno" terminamos cara a cara con uno de los misterios más grandes que nos acompaña desde el principio de la historia de la humanidad. La vida, o algo, nos respondió. ¿Cómo es posible?

P: Cuéntanos sobre el Realismo Mágico y cómo lo abordas en la novela.

R: Hay magia que es pura fantasía, y después está la magia real. Uno sabe la diferencia cuando se enfrenta a ella. Es como la primera vez que conoces a un santo o la primera vez que descubres el deseo más profundo de tu corazón. Es ahí cuando nos damos cuenta de que hasta ese momento no teníamos idea de qué estaba pasando. La forma en la que entendemos el mundo, la forma en la que nos educaron para entenderlo y en la que creíamos, ya no es suficiente para explicar lo que estamos experimentando. Ahí es cuando realmente comienza el proceso de aprendizaje. La novela se trata de ese recorrido, no solo para Percy sino para todos los personajes. Todos cambian.